

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

[1] Catecismo de la Iglesia Católica; 221

[2] Orden de la Misa; Plegaria Eucarística

[3] Homilía en la 23ª Jornada Mundial de la Juventud por el Papa Benedicto XVI

[4] Lectura espiritual en este Enlace de paquetes de Liturgia

[5] Juan 15:13 [6] Lucas 1:35

[7] Lucas 1:38 [8] Lucas 1:38

[9] Lucas 1:46

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Juan 3:16-18 - pg. 1

¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3

¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Juan 3:16-18 – Misal Romano [Ciclo A]

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Lectura Espiritual

De la primera carta a Serapión por San Atanasio, Obispo

Siempre resultará provechoso esforzarse en profundizar el contenido de la antigua tradición, de la doctrina y la fe de la Iglesia católica, tal como el Señor nos la entregó, tal como la predicaron los apóstoles y la conservaron los santos Padres. En ella, efectivamente, está fundamentada la Iglesia, de manera que todo aquel que se aparta de esta fe deja de ser cristiano y ya no merece el nombre. Existe, pues, una Trinidad, santa y perfecta, de la cual se afirma que es Dios en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no tiene mezclado ningún elemento extraño o externo, que no se compone de uno que crea y de otro que es creado, sino que toda ella es creadora, es consistente por naturaleza y su actividad es única. El Padre hace todas las cosas a través del que es su Palabra, en el Espíritu Santo. De esta manera queda a salvo la unidad de la santa Trinidad. Así, en la Iglesia se predica un solo Dios, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo. Lo trasciende todo, en cuanto Padre, principio y fuente; lo penetra todo, por su Palabra; lo invade todo, en el Espíritu Santo. San Pablo, hablando a los corintios acerca de los dones del Espíritu, lo reduce todo al único Dios Padre, como al origen de todo, con estas palabras: Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. El Padre es quien da, por mediación de aquel que es su Palabra, lo que el Espíritu distribuye a cada uno. Porque todo lo que es del Padre es también del Hijo; por esto, todo lo que da el Hijo en el Espíritu es realmente don del Padre. De manera semejante, cuando el Espíritu está en nosotros, lo está también la Palabra, de quien recibimos el Espíritu, y en la Palabra está también el Padre, realizándose así aquellas palabras: El Padre y yo vendremos a fijar en él nuestra morada. Porque donde está la luz, allí está también el resplandor; y donde está el resplandor, allí está también su eficiencia y su gracia esplendorosa. Es lo que nos enseña el mismo Pablo en su

segunda carta a los Corintios, cuando dice: La gracia de Jesucristo el Señor, el amor de Dios y la participación del Espíritu Santo estén con todos ustedes. Porque toda gracia o don que se nos da en la Trinidad se nos da por el Padre, a través del Hijo, en el Espíritu Santo. Pues así como la gracia se nos da por el Padre, a través del Hijo, así también no podemos recibir ningún don si no es en el Espíritu Santo, ya que hechos partícipes del mismo poseemos el amor del Padre, la gracia del Hijo y la participación de este Espíritu.

Santísima Trinidad: Eterno Intercambio de Amor – “Tanto amó Dios”

“La existencia misma de Dios es amor. Al enviar a su Hijo único y al Espíritu de Amor en la plenitud del tiempo, Dios ha revelado su secreto más íntimo: Dios mismo es un eterno intercambio de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en ese intercambio.”[1]

¿Por qué Dios comparte todo con nosotros? El amor hace esas cosas. Él comparte toda Su creación con nosotros y la hizo para nuestro beneficio y quiere compartir Su misma vida con nosotros. Imagínese un padre que trabaja duro y gana suficiente dinero para comprar un coche nuevo. El no se queda con el coche sólo para sí mismo sin permitir que nadie lo maneje, sino que desea compartir el coche con su familia. El intercambio de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es la vida divina, una vida que estamos llamados a compartir.

¿Cómo participamos en este intercambio de amor? Al final de la oración eucarística, el sacerdote ora, “Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.”[2] Es a través de Jesús en la unidad del Espíritu Santo de que somos capaces de tener la vida divina y participar en el intercambio de amor.

¿Por qué queremos la vida divina? ¿Por qué queremos participar en este intercambio de amor? Queremos dar gloria y honor a Dios. La Misa es un intercambio de amor. Dios, que merece todo honor y toda gloria, tanto ama al mundo, que Él da a Su Hijo. El Hijo, en obediencia a la voluntad del Padre, da el Espíritu Santo. Es sólo en este Espíritu que somos capaces de dar a Dios gloria y honor. El Papa Benedicto XVI dice: "... a todos los que han recibido el don de reconciliación del Espíritu y vida nueva en el Bautismo, que lo han acogido en sus corazones como su ayuda y guía en la Confirmación, y que crecen cotidianamente en Sus dones de gracia, mediante la Santa Eucaristía. En cada Misa, de hecho, el Espíritu Santo desciende nuevamente, invocado en la plegaria solemne de la Iglesia, no sólo para transformar nuestros dones del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor, sino también para transformar nuestras vidas para hacernos, en Su poder, "un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo" [3] debido a los sacramentos, a causa de la Misa podemos unirnos más perfectamente a un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo y dar gloria y honor al Padre. Se nos recuerda en el "Gloria" oración de nuestro objetivo de

nuestra misión, "Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. amén

¿Que se comparte con nosotros? El Amor, la Gracia y la Fraternidad se comparten con nosotros "Contamos con el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu mismo". [4] Si poseemos el amor del Padre, entonces participamos en su auto entrega, Su naturaleza creativa y queremos dar el regalo de nosotros mismos a los demás libremente. Sólo podemos dar el don de nosotros mismos a través de la gracia. Nuestra naturaleza caída desea tomar, no dar, así que necesitamos la gracia del Hijo para redimir nuestra naturaleza caída en una naturaleza que quiera dar y no tomar, esto sólo puede ocurrir por la gracia. Jesús es un testimonio de esta gracia. Jesús dice: "Nadie tiene mayor amor que este, dar la vida por sus amigos". [5] Jesús posee el amor del Padre y enseña que el amor lleva al sacrificio. Fraternidad significa comunidad. Es a través de la comunión del Espíritu Santo que nos unimos a la comunidad de la Santísima Trinidad.

¿Cómo estamos en comunión, la comunión con el Espíritu Santo? Podemos mirar el ejemplo de nuestra Santísima Madre, que es la esposa del Espíritu Santo. Ella fue la primera en tener comunión con el Espíritu Santo y por lo tanto la primera en poseer el amor del Padre, la gracia del Hijo. El ángel le dijo a María en la Anunciación: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá."[6] Los que están en comunión están unidos por una unidad en la fe, el culto y la obediencia. María es completamente obediente al Espíritu Santo, "He aquí, yo soy la esclava del Señor". [7] Ella entonces confía, tiene fe en la palabra de Dios: "Hágase en mí según tu palabra". [8] Después de la Anunciación en la que ella practica una fe perfecta y de inmediato la obediencia que proclama: "proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador". [9] Este acto de pura y sincera adoración es tan perfecto que la Iglesia reza el Magnificat cada noche en Vísperas en la Liturgia de las Horas. Para tener comunión con el Espíritu Santo imitamos la obediencia de María de inmediato, perfecta fe y adoración pura.